Crítica / Teatro

El mapa de la Edad de Oro

■ José Sacristán reinterpreta la bondad quijotesca en la tercera de las Jornadas de Agosto del teatro en Los Canapés

Saúl FERNÁNDEZ

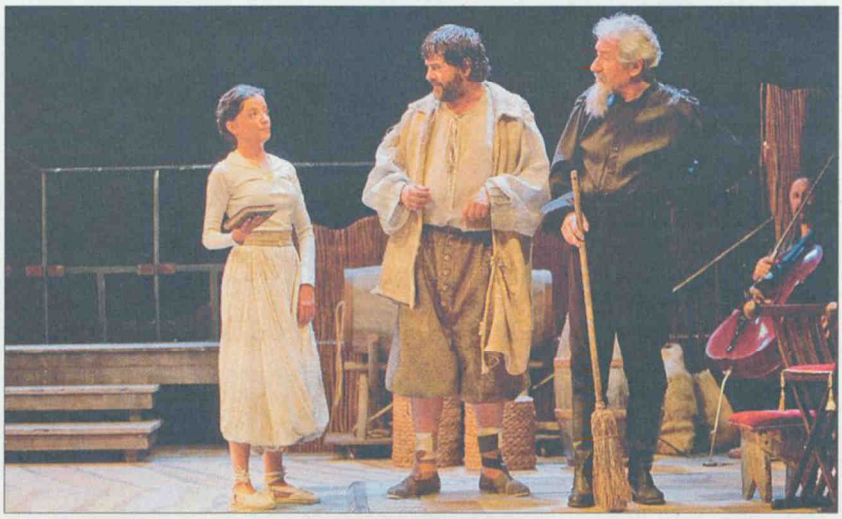
«Yo soy don Quijote de La Mancha»

Tragedia de Miguel de Cervantes dramatizada por José Ramón Fernández, dirigida por Luis Bermejo y protagonizada por José Sacristán, Fernando Soto, Almudena Ramos y José Luis López.

Teatro Los Canapés, 17 de agosto, 22.30 horas

Don Quijote es comunista. Comunista irrendento. «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío». Esto es lo que el Caballero de la Triste Figura dice a los cabreros con quienes se encuentra en el capítulo XI de la primera parte. Este discurso –el de la Edad de Oro– lo pronuncia el actor José Sacristán en el atrio de «Yo soy don Quijote de La Mancha», el espectáculo de venturas y desventuras que llenó antes de anoche el teatro de Los Canapés, la tercera sesión de las Jornadas de Agosto, sorpresa ante la victoria del hidalgo con lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor que muere y que luego despierta corporeizado en el presente. Para solaz de viudas y menesterosos.

José Ramón Fernández –el dramaturgo que se llevó el último premio nacional del ramo por «La colmena científica o el café de Negrín»– retrasa el comienzo de las aventuras de don Quijote para delinear el contorno de su recreación. Don Quijote es fuente inagotable de interpretaciones, de lecturas y relecturas (Umberto Eco diría que la entropía de la obra de Cervantes no se agota, un sabio pedestre acudiría al otro italiano –a Calvino– y a sus razones para seguir leyendo clásicos). Y las fronteras de la recreación de Fernández se prefiguran en el discurso dorado de los tiempos pasados. El parlamento de cabreros escucha la arenga con la devoción de la rareza: dan cobijo al caballero. Porque los cabreros y yo, señora, somos así. Y don Quijote, agradecido, siente la necesidad de explicar cómo se mueve por el mundo por el que planea. Y este discurso ofrece todas las claves. Don Quijote, pues, es comunista. Un comunista quimérico que ve gigantes cuando el resto del mundo cree que lo que tiene delante de sus propios ojos son molinos. Winston, el protagonista de «1984», lo explicó con claridad: «Ser una minoría de uno no significa estar loco». Fernández reescribe su particular Quijote sacando de acá y de allá los pensamientos del caballero que explican las consecuencias de la sequedad del seso. Las aventuras se desarrollan en off (o sea, fuera de escena) porque la visión de los apaleamientos no es precisa para la composición del discurso, la tesis o lo que quieran: hay personas que salen de su vida y se comprometen con su entorno. Y lo hacen sólo por eso: porque quieren comprometerse con su entorno. El primero de todos ellos fue Alonso Quijano «El Bueno». De esto va «Yo soy don Quijote de la Mancha». Y José Ramón Fernández lo deja claro en cada una de las palabras que le hace pronunciar a Sanchica (Almudena Ramos). Lo demás es silencio (el teatro dentro del teatro, el cello y el cellista, los chistes metarreferenciales… «¿Es 1997 la antigüedad?», se indigna Sacristán cuando le recuerdan que fue entonces cuando fue por primera vez el hombre de La Mancha). El espectáculo nace, crece y se desarrolla en torno al genio de Sacristán que sin la voz de quijote y sin el oficio de su escudero (Fernando Soto) se podría haber quedado en nada (los diálogos entre ambos siguen siendo lo mejor de la novela y, por lo tanto, del espectáculo: los escribió Cervantes en estado de gracia y esa gracia ha engordado con los siglos). La novedad de la nueva aventura quijotesca está en el porvenir. El viejo hidalgo muere diciendo que ya no es don Quijote. Y, sin embargo, hay futuro entre los buscadores de la Edad de Oro.



Ramos, López y Sacristán, durante la puesta en escena de «Yo soy don Quijote...» en Los Canapés. | RICARDO SOLÍS